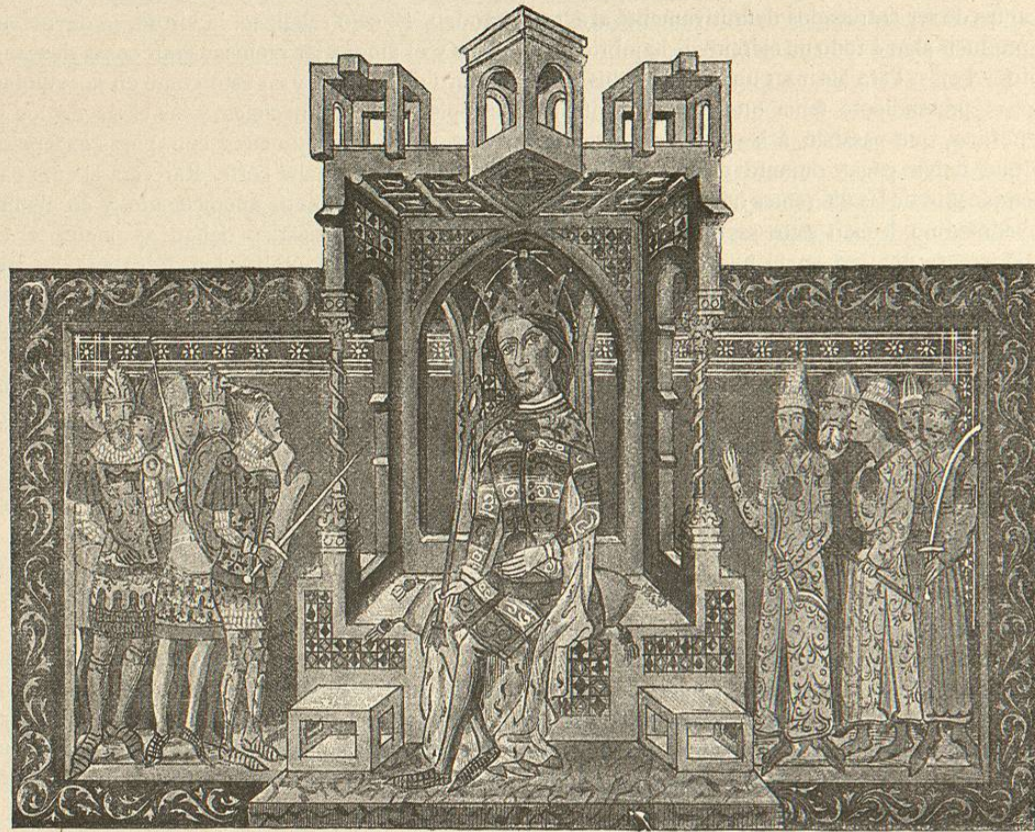


arrobamiento religioso. Esta secta ejerció gran influencia en Alemania porque sus apóstoles se sirvieron por lo general del idioma alemán en sus escritos. Uno de los representantes más notables de esta secta fué el provincial de la Orden de Santo Domingo en Colonia, Eckhard de Estrasburgo, que aun después de haber muerto fué perseguido como hereje; otro fué el potente orador sagrado Juan Tauler, que entró también en el terreno político y criticó la lucha entre Luis el Bávvaro y la curia papal de Aviñon, y el entredicho del Papa, diciendo que por disputas de príncipes privaba al pueblo inocente de los beneficios espirituales de la Iglesia.

Ninguno de estos grupos de tendencias opositoras atacó los fundamentos dogmáticos de la Iglesia, ni pedía su

transformación ni siquiera su reforma, y solo trataban, sin salir de ella, de satisfacer sus necesidades espirituales y morales, que la Iglesia tal como estaba entonces no quería ó no podía satisfacer. Si en su piadoso afán volvían á la Iglesia la espalda, era para que ésta no los molestara, pero no porque intentaran reformarla. Mucho más peligrosos para la Iglesia papal eran aquellos opositoras que se fijaban en las causas que habían conducido á la Iglesia al estado de degeneración en que se encontraba. Estos investigadores llegaron naturalmente á un punto en el cual se vieron impulsados á examinar los títulos en que la Iglesia papal y el papado fundaban sus pretensiones de dominio, y entonces observaron la contradicción que había entre estas preten-



El rey de Hungría sentado en su trono y rodeado de su corte.

Copia de una miniatura de un manuscrito latino del año 1330, titulado: *Marci chronica de gestis Hungarorum*, que se conserva en la biblioteca palatina de Viena.

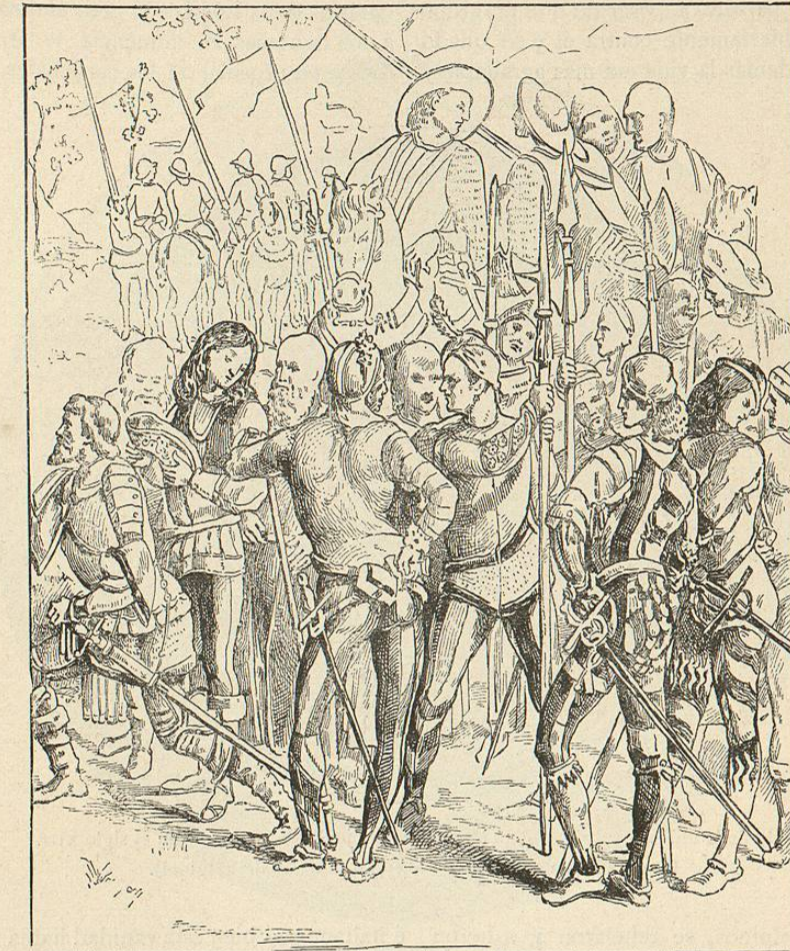
siones y la palabra y el espíritu de la Sagrada Escritura que les servía de base. El valiente representante de esta clase de opositoras había sido en su tiempo Juan Wicliffe, que con su inteligencia clara y reposada, y su varonil consecuencia, puso de manifiesto la raíz del mal, y devolvió al Evangelio su autoridad y sencilla pureza, que las sofisticaciones y tergiversaciones dogmáticas papales le habían quitado. Era Wicliffe un genio notabilísimo, que no se hizo adalid de la verdad evangélica como hombre que busca la tranquilidad de su alma atormentada, sino como ciudadano inglés ofendido en su dignidad nacional para poner á su país en el camino de reconquistar su independencia perdida en frente de la curia pontificia. Wicliffe, empezando por luchar contra la explotación de su país por el papado de Aviñon, acabó por conmover los fundamentos de la Iglesia papal demostrando la incompatibilidad de su doctrina con la verdad evangélica; solo que el papado tuvo la fortuna de que el movimiento iniciado por Wicliffe quedara detenido por la crisis provocada en Inglaterra á consecuencia de la situación política

interior. Así cayó en olvido cabalmente aquella doctrina que se encaminaba directamente á la reforma radical de la Iglesia, y la planteaba con claridad y precisión. Pero olvidada en Inglaterra, resucitó algunos decenios después en Bohemia, y, aunque un tanto debilitada, asestó golpes formidables á la Iglesia papal.

Otras armas, con otros fines y en proporción más reducida se dirigieron contra la Iglesia corrompida y sofisticada desde un tercer lado, con el deseo de lograr su enmienda sin penetrar en las honduras dogmáticas, limitándose á promover el restablecimiento del orden antiguo extirpando los abusos introducidos posteriormente, pero todo sin salir del cuadro del desenvolvimiento histórico de la Iglesia. Los representantes de esta tendencia eran en su mayoría franceses; porque el carácter nacional de la Iglesia de Francia y su grande independencia de la curia papal habían mantenido en el clero francés un vivo sentimiento de su dignidad nacional y eclesiástica. Este sentimiento había hecho conservar á la universidad de París su severo carácter científico

y el valor de la investigación, rasgos característicos que habían preservado á esta universidad de la creciente decadencia intelectual y de la vaciedad de la pretendida ciencia escolástica. Gracias á su vigor vital, volvió esta universidad su vista á los grandes Padres de la Iglesia de otros siglos para restaurar la Iglesia sobre el patron de aquellos tiempos pasados, á saber, por medio de concilios. Allí se concibió la reforma de la Iglesia en este sentido, el único al alcance de la sociedad de la Edad media, y bajo esta forma se sostuvo la idea de la mejora con celo moral y científico. Allí se dió el paso decisivo para su realización, oponiendo al sistema

absolutista del papado la reunión de concilios, como se había hecho en tiempo antiguo, y presentando como única norma de la cristiandad, representada por los concilios, la palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura. El primero que enseñó el camino por donde se podía conseguir la enmienda de la Iglesia fué Pedro de Ailly, uno de los varones más eruditos de su tiempo, filósofo y teólogo de gran fama, una de las joyas de la universidad de París, inteligencia robusta, clara y comedida; varón venerado por los suyos y respetado y honrado por sus contrarios, pues el mismo papa Juan XXII le concedió la dignidad cardenalicia. Este



Soldadesca aventurera y mercenaria italiana.

Grupo de una pintura al fresco de Lucas Signorelli, que vivió de 1441 á 1524, existente en la iglesia de Monte Oliveto Maggiore.

hombre eminente abrió el camino á la enmienda aplicando la comparación de piedra, aplicada en el Evangelio á San Pedro, á la Iglesia representada por un concilio general, al cual por lo mismo correspondía autoridad y jurisdicción sobre el Papa.

Otro varón notable que trabajó en el mismo sentido fué Juan Charlier, llamado Gerson porque era natural de Gerson en la comarca de Reims; hombre de inteligencia y sentimiento profundos, robustos á la vez que claros y prácticos. Había pasado por la escuela de los místicos, pero su genio práctico le impidió extraviarse en las nebulosidades sentimentales y fantásticas de aquella secta. Charlier peleó por la reforma y la reunión de un concilio para hacerla, con ardor y talento extraordinario y práctico. Un tercer adalid de esta idea fué Nicolás de Clemanges, que había desempeñado un cargo en la curia papal y había defendido sus pretensiones contra la corona de Francia. Perseguido, retiróse á un convento, donde el estudio y la soledad le hicieron ver la si-

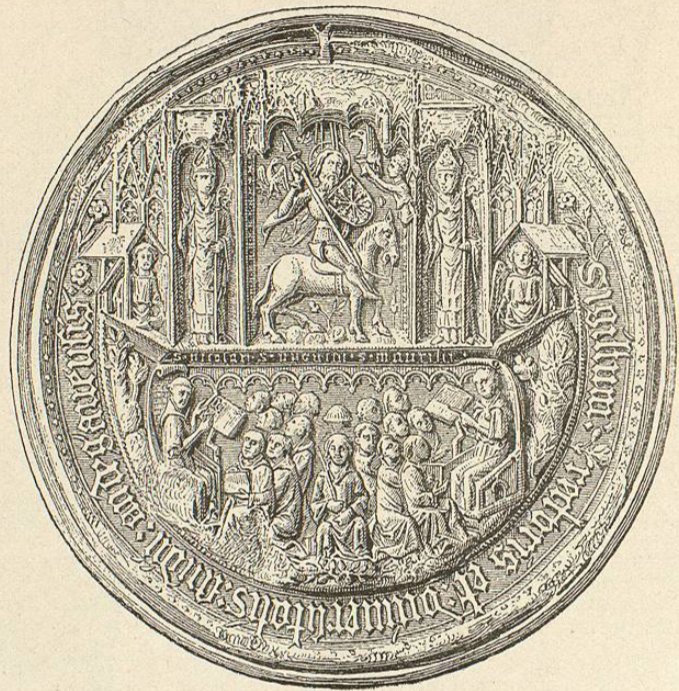
tuación y la contradicción entre lo que era la Iglesia y lo que debiera ser entonces. El cristianismo era para él independiente de las formas exteriores de la Iglesia papal, la cual era á su vez muy diferente de la Iglesia invisible fundada sobre la Sagrada Escritura no sofisticada. No fueron tan lejos Ailly y Gerson, y aun Nicolás de Clemanges al poner la autoridad de los concilios sobre la del papado, lo hizo solo bajo la condición de que las decisiones de los concilios fuesen conformes á la palabra de la Sagrada Escritura, que era para él la autoridad suprema y única infalible.

Todo esto demuestra que en la segunda mitad del siglo XIV existía un movimiento intelectual poderoso á favor de una reforma de la Iglesia, aunque discrepaban los pareceres respecto de su extensión y modo de conseguirla. Estas tendencias se aproximaron y tomaron un carácter mucho más práctico que antes cuando la Iglesia se dividió, perdiendo con esto en el concepto de muchos la única cualidad que hasta entonces la había hecho respetable y digna de

continuar existiendo. El gran cisma amenazó de muerte á la Iglesia papal.

Cediendo á las instancias cada vez mas urgentes de los romanos, el papa Urbano V habia trasladado en el año 1367 su residencia á la ciudad eterna, contra la opinion de una gran parte del colegio cardenalicio, en el cual predominaban mas que nunca los franceses y provenzales, y á pesar de la protesta del rey Carlos V de Francia, que naturalmente queria tener el papado sujeto al servicio de la casa de Valois. Tan mal estaban las cosas en Roma que Urbano V tuvo que volver á Aviñon; pero su sucesor Gregorio XI (1371-1378), aunque francés, volvió á Roma, para salvar el último resto del dominio temporal del papado, á pesar de que un grupo de cardenales se rebeló abiertamente contra él y se quedó en Aviñon, donde por lo demás la vida era mas agradable y

sobre todo mas segura que en el Estado de la Iglesia, asolado por interminables guerras interiores. Gregorio XI, luchando con dificultades invencibles, gastó pronto sus fuerzas; desde mas de setenta años fué el primer Papa que murió en Roma. En el cónclave chocaron los cardenales, queriendo cada nacionalidad imponer á la otra su candidato y la residencia; pero amenazando los romanos con impedir á la fuerza que la corte papal abandonase la ciudad eterna, venció el partido italiano y fué elegido Papa un napolitano, el arzobispo Bartolomé de Bari, que con el nombre de Urbano VI fué proclamado Papa en el mes de abril de 1378. El rigor inflexible con que persiguió la corrupcion de los altos dignatarios de la Iglesia y el gran empeño con que quiso quitar á los franceses su influencia, le atrajeron la enemistad de todos, en especial de los cardenales, de los cuales catorce,



Sello de la universidad de Angers (capital del Anjou), de gran fama en el siglo XIII. Representa un auditorio de la época (tamaño del original).

dos italianos y doce transalpinos, se rebelaron y salieron furtivamente de Roma. En Anagni constituyéronse en nuevo cónclave, declararon nula la eleccion hecha en Roma á causa de la presion ejercida por el pueblo romano, amotinado, y en el mes de setiembre de 1378 eligieron Papa á un francés, Roberto de Génova, obispo de Cambray, que tomó el nombre de Clemente VII. Otra vez como en los peores tiempos, antes que Oton el Grande y Enrique III pusieran término á las guerras sangrientas por la primera dignidad de la Iglesia, llegó á ser el papado motivo de una guerra atroz, mientras cada uno de los dos papas se esforzaba por convencer á la cristiandad de la legitimidad de su eleccion, y excomulgaba al otro y á sus respectivos partidarios. Clemente VII, renunciando á continuar la lucha en Italia, se estableció en Aviñon, lo cual le valió el ser reconocido por la Francia, la Escocia, su aliada, los Anjou de Nápoles, la Saboya y los Estados de la península ibérica. El resto de Italia y Alemania reconocieron á Urbano VI por papa legítimo.

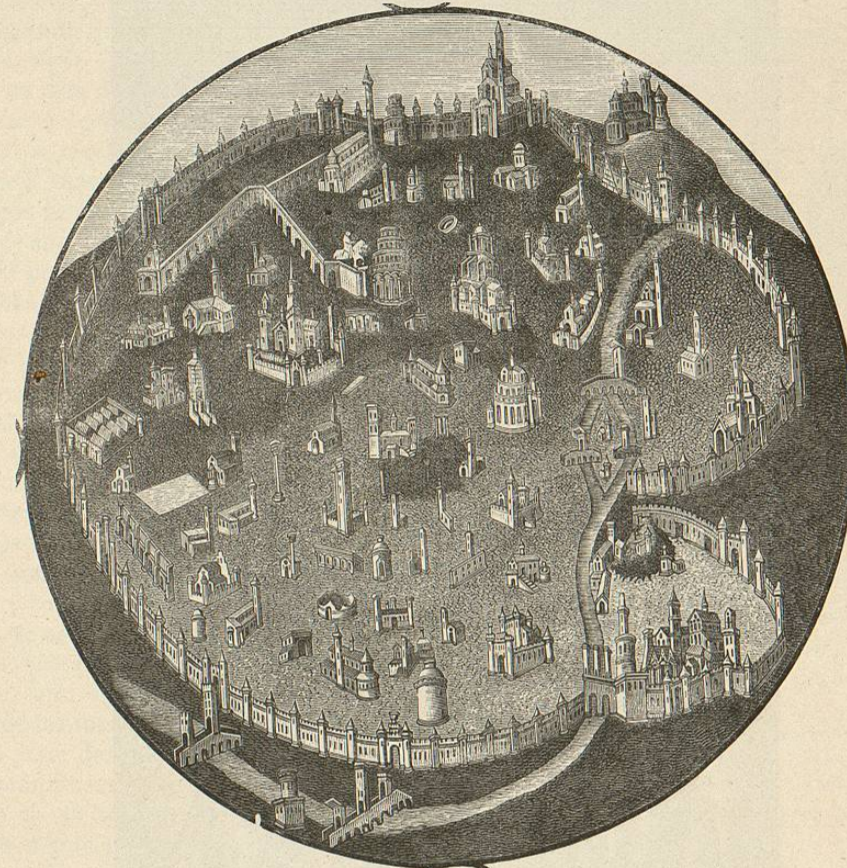
Varias veces habia presenciado la cristiandad empeñadas luchas por la tiara; pero siempre habian estado en juego grandes principios contrarios, de los cuales dependia la marcha del imperio y de la Iglesia. A la sazón, de nada de esto se trataba, ni siquiera de la vanidad nacional entre franceses

é italianos, si bien esta vanidad habia provocado en apariencia la division en el colegio cardenalicio. Los verdaderos motivos fueron mezquinos y rastreros: ambiciones personales, el deseo de no dejar el poder sobre la Iglesia y sus arcas, es decir, la codicia mas repugnante, impulsaron á los cardenales y á sus elegidos á dividir la Iglesia, á cuya costa unos y otros habian satisfecho hasta entonces sus pasiones y vicios. Lo peor fué que no habia autoridad suprema que se pudiese interponer para hacer entrar en razon á los contendientes, y cuanto mas tiempo pasaba dejando cada bando en la posicion que habia tomado, mas se consolidaba en ella, y mas derecho adquiria á conservarla y á esperar que el Papa contrario y su partido se cansaran, renunciaran á su rivalidad y se sometieran. Por esta razon no pudo concluir el cisma con la muerte de uno de los dos papas rivales, porque el colegio cardenalicio del papado que habia perdido á su jefe, eligió un nuevo Papa. Esto habria continuado así indefinidamente, hasta que el mundo se hubiese acostumbrado á tener dos papas rivales, uno en Roma y otro en Aviñon, si no se hubiese puesto fin al cisma acudiendo forzosamente á un concilio; porque si la cristiandad del Occidente se habria acostumbrado á tener dos papas, no podia acostumbrarse á mantener dos curias rapaces é insaciables

cuando una sola se habia hecho ya insoportable con sus exigencias, gravámenes, extorsiones inaguantables, despilfarros y desmoralizacion desenfadada. Esto fué lo que promovió un clamoreo general é hizo estallar la indignacion de las almas piadosas á la vista del espectáculo de la Iglesia, dividida y envilecida. La continuacion de dos papas con sus curias, su corte, clero alto y bajo y demás accesorios, implicaba de hecho la desaparicion del papado, que no puede ser mas que uno. Faltaba saber quién tenia la autoridad indisputable y el poder para imponerse á los dos partidos y restablecer la unidad y el orden. No habia mas que una autoridad, la cristiandad; ella misma debia entrar en accion y librarse de la explotacion indigna de que era objeto. Era preciso

reunir la Iglesia convocando un concilio general, como ya lo habia indicado la universidad de Paris á excitacion de Gerson y Nicolás de Clemanges; y la misma universidad dió tambien el primer paso decisivo en este asunto persuadiendo al rey á declarar la Francia neutral entre los dos papas rivales, cuya autoridad quedó suspendida en el reino de Francia, y á disponer que durante la interinidad se gobernara la Iglesia francesa por concilios nacionales.

En Roma habia sucedido al codicioso Bonifacio IX (1389-1404), Inocencio VII (1404-1406) y á éste Gregorio XII (1404-1417). La tiara de Aviñon habia pasado á Benedicto XIII (1394-1424), que despues de haber prometido no retroceder ante ningun sacrificio para restablecer la unidad de la Iglesia,



Plano de Roma en el siglo XIV.

Miniatura del *Livre d'heures* del duque de Berry, que murió en 1416. Este libro, hecho en Italia, se conserva en la biblioteca del duque de Aumale, en Chantilly.

no cumplió tan sagrada promesa, no obstante las amonestaciones continuas que de todos lados se la recordaban; muy al contrario, contestó á la declaracion de neutralidad del gobierno francés dictando contra la Francia las censuras eclesiásticas mas severas, incluso el entredicho.

De esta manera habian pasado treinta años; la division de la Iglesia amenazaba producir en varios países, así como en Francia, que de hecho se habia declarado independiente de Roma y de Aviñon, Iglesias puras y definitivamente nacionales, para salvar siquiera la religion de la creciente degradacion y descrédito en que la hundian cada dia mas las arbitrariedades y extorsiones de papas usurpadores, ambiciosos y sedientos de oro y de poder. Este peligro hizo que finalmente se decidieran algunos cardenales, cómplices del desorden, como todos, á reunir el concilio general que desde tanto tiempo estaba pidiendo la universidad de Paris.

En Francia habia sido quemada públicamente la bula en que Benedicto XIII habia puesto al país en entredicho; Aviñon fué sitiada y al cabo de muchos meses de resisten-

cia inquebrantable, Benedicto logró evadirse bajo un disfraz y se refugió en España, su país natal. En las negociaciones que se entablaron mostróse dispuesto á abdicar, siempre que su rival Gregorio hiciese lo mismo, y además ofreció en este caso renunciar á nombrar nuevos cardenales. Tratóse de obtener promesas iguales de Gregorio XII; pero este papa se negó á ello rotundamente, pues viendo que la oposicion ganaba terreno entre sus mismos partidarios, queria nombrar cardenales para mejor consolidarse en el poder. Al fin, hallándose este papa accidentalmente en Luca, le abandonaron la mayor parte de sus cardenales y se trasladaron furtivamente á Pisa, desde donde apelaron solemnemente á un concilio general y al Papa único que éste nombrara. Al mismo tiempo entraron en negociaciones en Liorna con los cardenales enviados de Francia para entenderse con Gregorio XII respecto de la renuncia mútua de los dos papas rivales, y convinieron en proceder de comun acuerdo, encargándose los cardenales del gobierno de la Iglesia despues de la supuesta abdicacion de los dos papas